

te. La comprensión de nuestra historia nacional, nula en casi todos. Tantas estrecheces y aún otras más, hacen que la vocación intelectual tienda —en principio— a remontarse como necesidad de un individualismo extremo, de un temperamento inconsciente de su enajenación social. En el grueso del alumnado puede palpase la desorientación de una sensibilidad ciudadana que no encuentra el cauce de su desarrollo maduro. Para colmo —y no son éstos, por cierto, expresión de la cultura de catacumbas— abundan los centros de trabajo cuyos líderes fomentan, con franco entusiasmo, la visión del intelectual como un ser desapegado de los conflictos de su pueblo, distante de las preocupaciones colectivas e inmerso en una soledad santificada por la especialización y una hondura inaccesibles al «vulgo». Este no es, claro, un mal de la cultura de catacumbas pero es, en cambio, un cáncer de la cultura oficial.

El mal que acecha a la cultura de catacumbas es otro y no menos grave. Yo diría que el riesgo que ella corre es el de la macrocefalia. Su crecimiento desmedido debiera encararse como un síntoma inquietante y no como un indicio auspicioso. La razón es ésta: en la Argentina actual, la cultura de catacumbas es sucedáneo de una vida universitaria saludable, creadora, venturosa. Si la universidad nacional fuera lo que debió y aún debe ser, los centros de trabajo intelectual que hoy dan vida a la cultura de catacumbas serían su módico complemento, nunca su reemplazante.

Hay quienes celebran la multiplicación de estos sitios de expresión y formación que dan vida a la cultura de catacumbas proponiéndolos como prueba del vigoroso aliento creador de la república, pero olvidando que ese aliento se hace sentir en un país donde la universidad ha dejado de respirar. Ocurre en este orden de cosas lo que en otro más rústico pero aleccionador: el de los gallineros. Allí es posible ver, de vez en cuando, los cuerpos decapitados de las aves que corren a ciegas. Durante algunos minutos hay vida y hasta vigor en esa danza siniestra. Pero las cabezas guillotinas que reposan unos metros más allá anticipan, con su muerte instantánea, la de esos cuerpos que prolongan una agonía sin remedio.

Los centros de expresión y reflexión que al margen de la universidad proliferaron en la Argentina de la década del 70 y que, al parecer, se multiplicarán aún más

en los años 80, sólo cumplirán su misión cabalmente si en ellos se fomenta la necesidad de retorno a una comunidad democrática. De lo contrario, absorberán por un tiempo más la calidez de un sol que ya no brilla pero no podrán perpetuar ese calor.

No debemos ignorar que el país que propició la riqueza distintiva de la cultura de catacumbas no es el país en que se verifica su práctica creciente. O este país termina con la cultura de catacumbas o la cultura de catacumbas contribuye a terminar con él.

Si quiere tener sentido vivificante, el magisterio ejercido en las catacumbas de la educación nacional deberá desembocar en una actividad universitaria plenamente reconstituida. Y ello sólo es posible mediante la normalización de nuestra vida constitucional.

Mientras la universidad esté consagrada a olvidar al país, nosotros, desde las catacumbas, nos dedicaremos a recordarlo. Pero ese recuerdo tendrá la validez que le confiera la savia llegada desde afuera. Cuando este suministro cese, cesará también la vida en la cultura de catacumbas: nos anquilosaremos irremediamente y la atrofia se adueñará de nuestras enseñanzas. Entonces ya no seremos un espacio en el que preservamos la simiente de un desarrollo eventual sino el sepulcro donde esa simiente terminó de secarse.

1982

## Las manos del miedo

La noticia cundió: golpeaban a la puerta inesperadamente. Se anunciaban con seco autoritarismo. Apersonándose en grupos de cuatro o cinco mientras sus camiones aguardaban en la calle, decían buscar literatura prohibida. Tenían orden de revisar las bibliotecas de la casa, los armarios, los sótanos, si los había. Cuando encontraban obras impugnadas o impugnables, se las llevaban. Y junto con las obras, a sus lectores. No querían escuchar explicaciones ni excusas. Los títulos secuestrados eran prueba suficiente del delito.

El temor se apoderó de todos. Había que destruir sin vacilaciones cuanto pudiera servir de pretexto al avasallamiento. Se equivocaba la mayoría que presumía estar a salvo por no guardar en sus estantes materiales de expresa orientación marxista. Igualmente riesgosos, se-

gún todo lo evidenciaba, eran —por su sola estirpe— los estudios sociológicos, los tratados de filosofía política, las monografías histórico-económicas sobre el dudoso desarrollo continental, los documentos eclesiásticos que impugnaban la injusticia social o las inclemencias del totalitarismo y las obras políticas de cualquier orientación partidaria que denunciaran la vigencia de criterios colonialistas en las relaciones impuestas por las potencias occidentales a las naciones subyugadas de América Latina.

Cualquiera de las variantes contenidas por este abanico temático bastaba para exponerse al encarcelamiento inmediato. No había, por lo tanto, tiempo que perder: era imprescindible barrer los estantes de riesgos eventuales.

El miedo cumplió su faena. Muy pronto la desesperación desplazó a la prudencia y el último atisbo de sensatez se evaporó bajo la coerción de una rígida autocensura. Con el corazón cargado de angustia se inició entonces el penoso ritual de la vergüenza. En mitad de la noche o a la luz plena del día, desmantelamos nuestras bibliotecas. Sin mirarnos a la cara, de espaldas a nuestros hijos, hicimos pedazos decenas de ensayos, novelas, biografías, cuentos y poemas en los que pudiera asomar el menor atisbo de conciencia social o inquietud política. A nuestros pies, como cenizas de un tiempo mejor, se iban acumulando las que un día habían sido páginas queridas, renglones que subrayamos con fervor, conceptos e imágenes que habían contribuido al ensanchamiento de nuestra formación, al despliegue de nuestra sensibilidad, al fortalecimiento de nuestra inteligencia y de nuestro amor a la libertad. Nada nos detenía. El eco de cualquier paso en las horas del alba era el eco de sus pasos. El silencio más denso escondía la amenaza más agobiante y el horror de la opresión se respiraba sin esfuerzo y sin pausa. Los que habían sido libros no eran ya sino trozos de papel. Y esos trozos de papel pasaron a abultar las bolsas de basura, y las bolsas de basura ardieron en las llamas de nuestros jardines, en los depósitos de nuestros incineradores, en las bocas de nuestros inodoros, cuando no fueron sepultados en la tierra, lejos de nuestros hogares.

Una penosa complicidad creció entre nosotros: nos hermanaba la humillación de haber quemado nuestros libros. Y sin embargo no vacilábamos en justificarnos. ¿Qué podíamos haber hecho sino hacer lo que hicimos? Los años 70 se agotaban en un mar de barbarie, de desacier-

tos e incertidumbres. La vida de un hombre volvía, como en tiempos remotos, a no valer casi nada; y la de un lector sospechoso, simplemente nada. Era inútil arriesgarse a morir por la preservación de los libros que amábamos, y asfixiante vivir en un país que aconsejaba quemarlos. Pero de ese país también formaba parte otra dimensión de nosotros, ya que no sólo éramos los destructores de sus libros; éramos, asimismo, los testigos de lo que pasaba y de lo que hacíamos, y en relación al futuro éramos la memoria posible de las grandes enseñanzas democráticas aprendidas en las páginas que habían ardiendo. Por eso no lo dudamos: la escenografía debía estar preparada para cuando ellos llegasen. No debía haber un único indicio que delatara vocación republicana, admiración por el estado de derecho, pasión por el estudio crítico de nuestra realidad.

El menos relevante de tales indicios sería, a los ojos de nuestros inquisidores, señal de desobediencia. Esos ojos no debían tropezar con nada que los irritase. Debían deslizarse a través de los títulos de nuestras bibliotecas con la secreta complacencia de quien se sabe obedecido y verifica la radicalidad del acatamiento logrado. Incluso los estantes demasiado nutridos podían resultar sospechosos. Ya no importaba qué contuviesen. El riesgo consistía, sencillamente, en que se los viese repletos de libros. No faltaron, por eso, quienes redujeran rápida e indiscriminadamente su caudal bibliográfico, siguiendo, en este caso, un criterio primordialmente cuantitativo. Ningún síntoma —se concluyó— resultaría más revelador de la buena salud cívica exigida por las circunstancias que una biblioteca raleada.

Pero tampoco faltaron quienes se resistieron al padecimiento pasivo de esa embestida irracional que forzaba al exterminio de los libros. Y prefirieron ocultarlos a destruirlos. Pensaron que hay daños morales irreversibles. Los volúmenes quemados bien podrían, en un futuro, reponerse. Pero los hombres que los quemaban ¿podrían reponerse? Para los muchos que estimaron que no, el peligro que acechaba era, por lo tanto, doble: si no ocultaban su pasión por el pensamiento, corrían el albur de desaparecer para siempre, arbitrariamente identificados con los voceros del terrorismo de izquierda gracias a esa trágica premisa de la lógica totalitaria según la cual el nihilismo antioccidental y el amor al saber son

sinónimos. Por otra parte, si destruían sus libros se convertían ante sí mismos no sólo en cómplices de la sinrazón sino en bárbaros a quienes la conciencia de la propia bajeza no perdonaría jamás. Optaron, entonces, por desplazarse con sus libros a otros sitios: lejos de sus casas, lejos de sus ciudades, lejos de sus provincias, lejos de su país. Porque también se emigró para poder seguir leyendo. Y no la folletería retórica de la guerrilla, con sus consignas de fraternidad impostada y su promoción del apocalipsis como escuela de redención, sino auténtica literatura. La que concibe la historia como estímulo a la creación constante, como tarea siempre incumplida que nos impone la necesidad de una vigilia crítica indeclinable para evitar que la ley —sin la cual no podemos vivir— se transforme en el dogma que no nos deja vivir. De esa literatura, en suma, asentada en la convicción de que sin cultura puede haber demografía pero no ciudadanía.

Así nacieron auténticas bibliotecas subterráneas. Ellas preservaron de las llamas obras que hoy demuestran la versatilidad y la riqueza de los intereses intelectuales de los argentinos, tanto como la ya pretérita solidez de una industria editorial que fue paradigmática en el mundo de habla hispana y cuyos títulos, por otra parte, harían sonreír a cualquier desavisado si se le dijera que por tenerlos incorporados a una estantería se rozó la posibilidad de ir a parar entre rejas, o a la sala de torturas.

La curiosidad de muchos hurgadores de librerías cede hoy a la emoción cuando, en alguna mesa de saldos, tropieza inesperadamente con un volumen familiar. Las manos lo toman, acarician su lomo; los ojos advierten el leve barniz amarillento que ennoblece los bordes de sus páginas y entonces, en un susurro doliente, cada uno de esos lectores se dice: «Yo quemé un ejemplar de este libro».

Hoy sabemos tan bien como entonces que en aquellos días aún no lejanos centenares de nosotros fuimos cómplices de quienes desataron esa ola de salvajismo. No quisimos contribuir al exterminio de nuestra generación arriesgándonos a morir por nuestros libros, y entiendo que hicimos bien. Pero ya es hora de verificar si somos capaces de vivir en consonancia con los ideales democráticos que esos libros quemados nos ayudaron a forjar, cuya maduración y ejercicio exige una radical auto-crítica por parte de todos nosotros. No creo que podamos rendirles mejor homenaje póstumo. Ni que haya mejor

manera de evitar a nuestros hijos que mañana, mientras duerman sus propios niños, deban alzarse en la noche para destrozarse, con las manos del miedo, los símbolos más hermosos de la libertad espiritual.

1983

## El hombre providencial

Tenía 16 años cuando leí, por primera vez, una *Vida de Calígula*. Escrita por Angelo Catani, el erudito milanes, produjo en mí una honda impresión, fruto —seguramente— de la eficacia con que el historiador supo retratar la breve y violenta parábola del reinado de aquel hombre feroz. El tiempo transcurrió y, de tanta intensidad, perdura en mí ya no el vigor aunque sí el recuerdo; especialmente porque, de las tres biografías que en distintos momentos conocí después, ninguna logró, como la de Catani, acercarme en forma tan vibrante a ese tormento y a ese vértigo que fue Cayo Calígula.

Nada, sin embargo, me hubiera inducido a extraer este episodio de la intimidad en que lo guardaba si una frase del ex-dictador Leopoldo Fortunato Galtieri no lo hubiera impulsado a desprenderse del limbo en que dormía. Esa frase, que reavivó una emoción comparable a la que antaño me produjo el texto de Catani, fue pronunciada durante la guerra con Gran Bretaña por la posesión de las Malvinas. Ella aseguraba que, lejos de todo empeño negociador en el plano diplomático, el presidente de la nación no vacilaría en enviar al frente de batalla tantos hombres como hicieran falta: 4.000, 40.000 ó 400.000. Al leerla, una mañana del desolado otoño de 1982, recuperé súbitamente una sentencia hacia mucho olvidada y que la tradición atribuye a Calígula: *Oderint dum metuant!* Se trata de una afirmación que, aplicada a los sufridos súbditos del emperador romano, significa: ¡Poco importa que me odien si me temen! El precio no interesaba: interesaba el poder.

Nadie, entre los militares que se empeñaron en gobernar la Argentina tras la caída del segundo mandato de Perón, supo postularse, con el descaro de Galtieri, como un hombre providencial para el país. Respaldándose en la apremiante necesidad de paliativos para los males que ya entonces consumían al «Proceso», Galtieri asumió el poder en 1981 con la soberbia de un elegido dispuesto